



Buscando el olvidado ritual erótico de los seres humanos



Érase una vez una niña que nació en un país en el que había habido una guerra muy muy cruel, en la cual, los militares, y la gente más autoritaria, habían aplastado, casi por completo, a la gente que quería ir mejorando las cosas.

Esta niña creció en una familia en la que la mamá lloraba casi siempre (tuvo que crecer para entender por qué lloraba su mamá) y el papá, se pasaba el poco tiempo que podía estar en casa, serio en un rincón, y sin hablar casi nunca (la niña también consiguió con el tiempo entender lo que le pasaba a su papá).

Pero esta situación traumatizó bastante a la pequeña, que a medida que crecía, se prometía que lo iba a hacer todo de forma muy diferente a como le dijeran que debía de hacerlo, con tal de no reproducir una familia parecida a la suya cuando fuera mayor.

Por ejemplo, su mamá y su abuela le habían dicho que había que conservar la virginidad, así que la niña, que ya era una jovencita, hizo todo lo posible por perderla, cosa que consiguió a los 16 años, con la ayuda de un amigo de su misma edad que, por cierto, se lo hizo muy bien, en 5 ó 6 sesiones, sin hacerle ningún daño, hasta que su pene pudo penetrar completamente en la vagina de la jovencita.

Aquella temporada ella procuró que estas cosas le ocurrieran, con éste y con otros amigos, cuantas más veces mejor. De esta forma le pudo llevar la contraria a su familia en otra cosa más: en eso de que había que tener sólo un novio, o un marido, y no quererle más que a él.

En realidad, a ella, lo que le gustaba, no era tanto aquello de "follar", sino las caricias y abrazos que lo acompañaban: el "phisic contact". Sentía sensaciones fantásticas al estar tan cerca de los chicos por los que sentía un cariño especial. El pulso le latía fuerte por todo el cuerpo, y la piel se le estremecía de placer. La piel, los músculos, y hasta los huesos. A veces, un maravilloso calor invadía todo su cuerpo, y la hacía sentirse radiante, incandescente, superfeliz...

Pero había algo que la mosqueaba un poco. Ella procuraba que los magreos durasen lo más posible, pero en cuanto la penetraban, a menudo sus amigos se corrían enseguida. Las sensaciones que ellos tenían en ese momento parecían realmente impresionantes. Pero duraban segundos. Y luego el chico se daba media vuelta, con lo cual ella se quedaba de pronto bastante colgada y desorientada. Al menos durante todo el día siguiente, y a veces por más tiempo, no conseguía evitar el sentirse adolorida, triste, mal...

Así que, en un par de años, se cansó del asunto, y llegó a perder bastante la afición por los chicos.

La jovencita se marchó de su casa lo antes que pudo. Y después de dar algunas vueltas, tuvo la suerte de encontrar un grupo de amigos y amigas con l@s que se puso a vivir en una casa. Y allí, por primera vez, se empezó a sentir muy bien. Todos y todas se querían muchísimo. Curiosamente, al principio, no les dio por empezar a follar entre ell@s. Se ve que, para empezar a sentirse bien, tenían otras necesidades, más afectivas.

Alguna vez, sobre todo por la noche,
se acurrucaron junt@s en la alfombra,
y se abrazaron y acariciaron suavemente
hasta que se quedaron dormidos,
debajo de una gran manta.

¿Cómo hacían aquellos coleguitas,
para aguantar aquella situación,
con la fogosidad sexual que suelen tener ellos,
y más a los 20 años?
Pues bueno, a veces se empalmaban,
pero tanto ellos como nosotras,
nos lo tomábamos con la mayor naturalidad.
También cuando, a veces, se corrían.
No nos quitábamos la ropa,
así que la alfombra no iba quedando pegajosa para nada.

Y cuando se empalmaban,
no por ello cambiaban el tipo de juegos o de caricias.
No nos pedían, por ejemplo,
que lleváramos nuestra mano hacia sus penes,
como suele pasar en estos tiempos.

Así pasaron algunas semanas.
Un día, nos encontrábamos solas las 4 chicas de la casa,
y nos dio por hablar sobre sexo.
Tres de nosotras comentábamos lo que no nos gustaba,
y nos preguntábamos por qué a nosotras
no nos pasaba lo mismo que les pasaba a ellos,
por qué no llegábamos a tener esas sensaciones tan fuertes
que parecían dejarles tan a gusto.

Entonces, habló la chica número 4,
que era una auténtica maestra en el tema,
por práctica propia,
y porque conseguía libros en el mercado negro
(en aquella época,
la mayoría de libros interesantes estaban prohibidos).
Nos contó que "aquello" tenía nombre,
que se llamaba "orgasmo",
y que también las chicas lo podíamos tener,
pero que casi siempre nos costaba un poco conseguirlo.
O que nos costaba bastante.

Pero también nos contó una forma de conseguirlo.
Nos contó la "receta del millón".
Un mes más tarde,
todas nosotras teníamos multi-orgasmos en cascada.
¿Que cuál era la fórmula mágica?

Bueno, para empezar,
nos dijo que teníamos que jugar con los chicos,
pero en pareja, de dos en dos.
Que en la alfombra de la sala, todos juntos,
lo veía difícil, que pudiésemos avanzar en este sentido.

Y las "reglas del juego" eran las siguientes:

Primera:

Al menos durante un mes,
nada de penetraciones (tampoco por la boca).
Aún cuando nosotras tuviéramos ya orgasmos.
Lo del mes era una forma de decir
unas 30 sesiones como mínimo,
porque en aquella época y con aquella edad,
estaba claro que nos íbamos a enrollar
por lo menos una vez cada día.

Segunda: Nada de tocarnos ellos a nosotras
nuestros cacharritos
(no acercarse a nuestro clítoris, a nuestra vagina...),
a no ser que llevásemos ya mucho rato jugando
y se lo pidiésemos a ellos.
Y a nosotras nos recomendaba
que retrasásemos la petición lo más posible,
para que nuestra sensación de deseo quedase
bien consolidada.

Tercera y última regla de juego:

que los chicos no cargasen su sexualidad sobre nosotras:
Que si no se podían aguantar,
se hiciesen ellos mismos una paja
(podía ser sobre algún punto de nuestro cuerpo)
pero que no fuésemos nosotras
las que se la tuviéramos que hacer.
Y que, preferiblemente,
procurasen relajarse cuando se excitaban.

Nos recomendaba hacerles caricias y masajes eróticos por otras partes del cuerpo para relajar su zona genital y extender (deslocalizar) su sensación de excitación.

A ellos no les pasaba lo que les acostumbra pasar a los chicos actualmente: que no soportan bien el estar ni un solo momento desempalmados cuando están en situación íntima con una chica.

Y nosotras, tampoco teníamos esa manía que suelen tener las mujeres, de no tolerar bien que los hombres no estén empalmados cuando están con ellas.

Una manía de muchas mujeres de ahora, y de muchas de hace tiempo también. No hay más que oír las letras de algunas canciones, como esas muñeirinhas antiguas que dicen:

"Que no se diga que no tienes fuerza en el pito, y que no digan que sólo me tocas..."

Sol la si do sol, mi mi sol fa mi mi sol, sol

Sol la si do sol, mi mi sol fa mi, re, do.

Pero ¡si es que es de sentido común!
¿Cómo queremos que un encuentro erótico sea todo lo largo y variado y lúdico que nosotras necesitamos, y al mismo tiempo, le pedimos a nuestro compañero que esté todo el tiempo en erección? Pedimos cosas que no pueden ser.

Las **CONSECUENCIAS** de esta forma de ver las cosas

son un pequeño desastre para nosotras, y creo que también para ellos.

Entre otras, se nos ocurren las siguientes:

- **PRIMERA:** Los chicos se nos tiran encima, y con prisas, sólo cuando tienen una buena erección. Sin tiempo para el baile erótico, para la sensualidad...

- **SEGUNDA:** Sí que nos suelen tocar (o a menudo pellizcar), de pasada, los pezones. Pero esto sólo nos sirve para hacernos daño, y para avisarnos de lo que se nos viene encima a toda velocidad.
- **TERCERA:** Aún tendremos suerte si no se acuerdan de tocarnos el clítoris, que todavía es más delicado que los pezones, sobre todo por la punta, que es donde lo suelen tocar ellos.
- **CUARTA:** La única forma de prolongar un poco el encuentro es que nosotras les vayamos manteniendo la erección, con la mano, o con la boca, lo cual resulta pesado, y a menudo desagradable cuando todavía no estás erotizada, ni nada parecido.
- **QUINTA:** Además, si el chico está empalmado, el protagonismo suele pasar directamente a su pene. Tú pasas a no ser ya NADA más que un agujero (o más bien dos o tres, la boca cuenta mucho) que él busca obsesivamente (antes de que "le falle" la erección!).
- **SEXTA:** O sea que, en vez de jugar, y sobre todo, al principio, ellos con nosotras, que es lo que nos podría ir "poniendo", tendremos que jugar nosotras con el pene de él, es decir, masturbarlo sin parar, para que no pierda su erección. Esto, en unos momentos en que tendríamos que concentrarnos más bien sobre nuestro propio cuerpo, en nuestras sensaciones de placer corporal y mental, para empezar a volar...
- **SÉPTIMA:** Sobre todo, mástúrbalo bien, porque si fallas, él no tendrá muchas ganas de volver a repetir contigo,

tanto si eres su pareja estable
como si eres una nueva aventura para él.

- **OCTAVA:** Muchas veces,
Las chicas sólo se atreven a ir con chicos
cuando se sienten perfectas estéticamente hablando.
Cuando piensan que el chico, cuando las vea,
va a tener la erección asegurada. Y están equivocadas,
porque los chicos todavía se ponen más nerviosos
delante de una chica perfecta.
Deben pensar: "Si con ésta me falla la erección,
¡es que no tengo remedio!".
Y aún se ponen más nerviosos.
- **NOVENA** (y no la menos importante):
Por miedo de despistarse y perder su erección,
no sólo no juegan con nosotras libremente,
sino que no nos dejan a nosotras jugar con ellos,
acariciarles en ningún otro lugar de su cuerpo
que no sea su pene.
(y eso sin hablar de su zona perianal,
que suele ser un auténtico tabú).
- **DÉCIMA** (pero no la última):
La mayoría de los chicos son poco amigos
de los preparativos de un encuentro erótico,
y de las citas eróticas en general,
que a nosotras nos gustan y 'nos ponen' tanto
(para completar un poco el "aquí te pillo aquí te
mato", aprovechando que tengo una erección!).

A nosotras nos encantan las citas
(tipo 'nos enrollamos la tarde del sábado'),
que nos permiten ir calentando motores
sólo con la idea del encuentro...

Pero a ellos

les empieza a invadir desde un par de días antes
una especie de terror, empiezan a imaginar que,
en el que suelen llamar "el momento de la verdad",
no les funcione como ellos quisieran ese músculo,
que va demasiado "a su aire" para su gusto,
y del cual ha pasado a depender la virilidad,

ante ellos mismos, y ante la chica,
y si ésta se lo va contando a las amigas,
entonces, ante la sociedad entera...!

Y la paranoia de ellos no es del todo infundada:
Más de una vez he oído comentar a una mujer,
después de un encuentro íntimo:
"¡¡Vaya hombres que hay ahora,
que ni siquiera se les levanta...!!"

Defiendo el derecho de las mujeres a comentar
este tipo de asuntos entre nosotras,
pero os aseguro que con este tipo de ideas,
canciones y comentarios,
lo que hacemos es tirar piedras
contra nuestro propio tejado.

Y ahora, voy a pasar a hablaros
de la segunda "regla del juego"
que nos propuso aquella super-amiga,
brujita del sexo de finales de los años 60:
La de **que no nos toquen "por ahí"**
hasta que nosotras no se lo pidamos.

Es la Regla de Oro.
Pero la he visto escrita en muy pocos manuales de sexo.
Por no decir en ninguno.
Han tenido que venir Pedro Almodóvar y sus chicas,
ya a finales de los 90, con su película "Carne trémula",
para que alguien la empiece a decir en voz alta.

No todos ni todas habréis visto la película.
Sale un chico joven, que se enrolla con una mujer
de unos cuarenta y pico,
porque quiere aprender a hacer bien el amor.
En el primer encuentro, como hacéis casi todos vosotros,
él le intenta meter la mano enseguida por ahí.
Y ella, lo evita como puede, y muy muy seria,
en plan profesora,
creo que con el dedo índice levantado,
le dice: "Primera lección:
no empieces metiendo mano en su coño,
ni para tocarlo, ni para lamerlo, si ella no te lo pide".

Las palabras exactas eran un poco diferentes,
pero más o menos era eso.

¿Que qué otra cosa podéis hacer, si no podéis hacer eso?
Preguntar esto es tener poca imaginación erótica.
¿Es que nunca habéis soñado con hacerle caricias bonitas
a una chica, aparte de meterle mano o boca por ahí?

Pues bueno. ¿Sabéis lo que pasó cuando dijeron eso
de la primera lección en la película de Almodóvar?
Fue algo impresionante. Nunca se me olvidará.
Sonó un aplauso grandioso,
de las mujeres que estábamos en el cine,
que además era un cine de los grandes.
Yo, miré a las mujeres que tenía más cerca,
a uno y otro lado,
y nos sonreíamos, con lágrimas en los ojos,
mientras aplaudíamos,
emocionadas de oír aquello, no por nuestras bocas,
a las que nuestros compañeros suelen hacer muy poco caso,
isino en la pantalla grande de un cine!

Justo por esos días, me reencontré con una amiga
que hacía muchos años que no nos veíamos.
Y entre otras muchas cosas
(teníamos unas vidas bastante paralelas,
en aquel momento estábamos las dos en pareja, etc.),
me comentó que había ido también a ver la película,
y que, en su sesión, había pasado lo mismo.
O sea... ¡que pasaba en todas o muchas de las sesiones!

A partir de ahí, nos propusimos las dos
intentar desenredar la madeja de los problemas
que teníamos cada una de nosotras con el sexo.
Sacamos escritos que teníamos, tipo diarios sobre el tema,
y nuestros problemas coincidían bastante.
Había que ir planteando esos problemas con claridad,
para luego poder ir imaginando
por dónde podían ir las soluciones.

Hasta lo fuimos poniendo en una página web¹,
y otras amigas nos ayudaron

¹ http://usuaris.tinet.cat/trec/trecdecOLORS/trec_001/seXsen/seXsen1.htm

con sus listas de problemas y soluciones.
En ella colaboraron bastantes chicas,
y también algunos chicos, que nos llamaban valientes
y nos daban las gracias por lo que hacíamos.

Con esto de la 'regla de oro' (la recordáis,
"no tocarnos la zona genital antes de tiempo"...),
a las dos nos habían pasado cosas parecidas:
Cuando se lo habíamos insinuado a nuestros amantes,
que eso nos molestaba,
los habíamos perdido. Ellos nos decían:
"¿Que no te gusta que te toque? ¡Pues eres bien rara!
¿Te educaron monjas, o qué?
Pues la gente que te educó te dejó tarada, y bien tarada.
¡Poco te debo gustar, si no quieres que te toque por ahí!
No digas que te gusto, porque no es verdad."
¡Y se enfadaban un montón, y no querían volver a vernos!

Y no os digo nada, cuando la protesta nuestra,
era por tener que tocarles el pene desde el principio.
Pues, como ya dijimos, ellos, enseguida, nos llevan la mano
hacia allí, o lo que es peor, la boca
(como en la única escena sexual de la película "Solás"
y de muchas otras buenas películas sobre el sexo actual).
"¿Que no te gusta tocármela? ¡Ni chupármela?
¡Eso quiere decir que no te gusto!
Tengo cosas mejores que estar contigo. ¡Adiós!"

Así que, ahora que las dos vivíamos con una persona
de la cual estábamos enamoradísimas,
pues las dos callábamos,
y aguantábamos sin contarles estas cosas,
que después de todo,
hasta aquel momento (hasta la película y los aplausos)
también, a cada una de nosotras,
nos parecían rarezas nuestras inconfesables.
En el fondo, pensábamos,
casi en la región del inconsciente:
"Me pasan estas cosas
porque me han educado en forma represiva,
y encima voy a perder a mi amor si se lo explico.
¡Ni hablar! Tiraré palante como sea,
pero no se lo pienso explicar".

Bueno, algún tímido intento de explicación sí que hicimos, las dos.

Y en los dos casos acabó como el rosario de la aurora, en gran disgusto que se prolonga durante meses. No valía la pena.

Entonces, **¿qué hacíamos? Pues FINGÍAMOS.**

Eso, las pocas veces que hacíamos el amor, una vez al mes, y hasta menos, porque, tanto a nosotras como a ellos, nos daba cada vez más pereza hacerlo.

Fingíamos para que pareciera que teníamos unos orgasmos aceptables, y que por lo tanto, "todo iba bien".

La verdad es que, al menos a muchas de nosotras, podría ser que a una gran mayoría, cuando nos tocan por ahí antes de tiempo, no siempre pero casi siempre, se nos instala una auténtica reacción de rechazo muy fuerte

un poco como un caracol que se contrae, tanto en la zona genital, como por todo el cuerpo, y ahí ya sabemos que, en las próximas horas, no vamos a poder sentir nada que se le parezca a un orgasmo, sino todo lo contrario. Y sólo nos queda fingir.

Y si en ese momento nos decís con orgullo: "Yo practico el Tantra", o "Yo duro mucho sin correrme", a pesar de que cuando todo va bien viene a ser nuestro ideal, si ya hemos notado el rechazo-caracol, se nos cae el alma a los pies, de pensar la de rato que vamos a tener que fingir.

Para nosotras, pasa a ser casi siempre el Tantra del disimulo. El agobio de no acabar nunca. Para eso, mejor que dure poco. Bueno, tampoco tan poco que no nos dé tiempo de abrazaros y acariciaros unos momentos, pues después de todo, el momento de follar suele ser el único momento en que podemos acariciar a nuestro amor,

sobre todo en una relación larga,
y poder hacer esto vale mucho.

Porque además, en esta sociedad nuestra,
tan exclusivista en este tema de los amores,
nuestra pareja puede ser el único ser que podemos acariciar
(a no ser que tengamos niños muy pequeños,
o también animales domésticos).
Y yo, al menos, pienso que venimos del mono,
que somos medio mon@s,
y que necesitamos acariciarnos y tocarnos.

Es una de las mayores prohibiciones veladas
que nos impone la sociedad.
Sobre todo, nuestras sociedades occidentales modernas.
"¡Aquí ustedes se tocan muy poco!"
decía una escritora sudamericana
en una entrevista de un periódico.

Y cuando nadie nos toca, ni tocamos a nadie,
pueden aparecer las depresiones etc.

Teníamos varios problemas comunes, mi amiga y yo.
Pero aquí sólo voy a hablar de uno más,
que me parece muy generalizado y muy importante:
Toda la sociedad, todos los manuales sobre sexo,
todas las habladorías, etc., nos dicen
que cuando una mujer está 'húmeda', o 'mojada',
es que ya está excitada, y por supuesto,
que está preparada para una penetración.

Tanto es así, que una de las cosas más frecuentes
que nos ocurren cuando hacemos el amor, es que,
sin que pase medio minuto, sentimos que,
desafiando y contrariando la Regla de oro
(la de "No tocar al principio por ahí")
sentimos cómo un dedo vuestro se desliza a nuestra vagina,
causándonos todos esos problemas del caracol encogido
que os contaba antes,
y que nos ponen ya el cuerpo difícil
para el resto de la noche.
¿Y qué busca ese dedito? ¿Lo sabéis?
¡A ver! ¿Alguien lo sabe?

¡Ajá! Eso es, exactamente.
Quieren saber si estamos mojadas o no.
Casi siempre lo que encuentran es que sí,
que estamos, al menos, húmedas.
O, directamente, mojadas.
Pero es que resulta, que para nosotras,
estar mojadas no es lo mismo que estar excitadas.
De acuerdo que, cuando estamos excitadas,
casi siempre (¡no siempre!)
estamos mojadas.
Pero cuando aún no estamos excitadas...
¡solemos estar mojadas!
Nos mojamos casi sólo con saber
que dentro de un rato vamos a estar con un chico.
Debe ser una reacción de las glándulas,
para que una penetración
no nos lastime por ahí, que todo eso es muy delicado.

Pues bien, lo que acabo de decir, desde hace muy poco,
cuestión de meses, año 2.004, no sólo lo digo yo,
y alguna amiga mía.
Lo he visto también escrito en ¡idos! artículos sobre sexo,
sólo dos y muy recientes (2003 y 2004),
uno de ellos en una revista de hombres para hombres,
"Men'sHealth". Sólo deben faltar unos 20 años más
para que se empiece a incorporar
en la culturilla sexual de la gente².
Y así, nos va como nos va.

Mi amiga y yo ya teníamos la página web funcionando,
cuando la actriz Charo López, en su obra de teatro
"Hablemos de sexo" (del italiano Dario Fo),
admirablemente adaptada por ella a la problemática de
nuestro país (por cierto, muy diferente de la italiana),
y dirigida e interpretada también por ella
(por fin ni el director ni el guionista eran hombres),
nos acabó de dar seguridad
de que los problemas que veíamos eran reales y muy reales.
De que no eran problemas de 2 mujeres reprimidas y raras.

Había un momento en la obra, después de hablar
de estos problemas sexuales de las mujeres

² Casi 20 años más tarde reviso mi cuento, y tengo que decir
que la cuestión de la educación erótica no sólo no ha avanzado sino que ha retrocedido,
de la mano de la pornografía y otras fuentes de anti-información...

debidos a la forma precipitada en que se hace el amor,
en que la actriz se dirige al público femenino, y nos dice:
"Vamos a ver:

A las mujeres que venís acompañadas por vuestra pareja,
no os pido nada.

Pero, a las demás, sí que os pido que me respondáis.

¿Qué hacéis cuando hacéis el amor,

y no conseguís sentir nada?

¿Qué hacéis?"

Hubo un instante de silencio, y de pronto, todas a una,
nos empezamos a mirar, y al final con voz bien fuerte,
como si expulsáramos un demonio por la boca,
gritamos la misma palabra:

"¡¡¡FIIINGIIIIIMOOOSSS!!!"

Nos quedamos sorprendidas y muy emocionadas,
después de decirlo.

Como en la película de Almodóvar,
enseguida estalló un larguíiiiiisimo aplauso,
y las que estábamos cerca y solas nos seguíamos mirando,
con los ojos llenos de lágrimas.

Era curioso ver cómo las que iban con su novio
o con su marido no aplaudían,
se quedaban inmóviles, con cara muy seria
mientras las demás aplaudíamos con todas nuestras fuerzas.
Y esta confesión colectiva la conseguía Charo López
dos veces al día, con el teatro siempre lleno,
y en casi todas las ciudades españolas.

Pero volvamos al principio de nuestra historia,
cuando aquellos pequeños grupos de chicos y chicas
conseguían pasárselo tan bien.

Esto duró unos seis o siete años. ¿Qué pasó luego?

Pasó que murió Franco, y se acabó la dictadura,

lo cual hay que decir que no estuvo nada mal,
mejoraron mucho muchas cosas que pasaban en el país,
de pronto nadie te pellizcaba en el autobús

y te podías ir a leer un rato a un banco sin que los hombres
te asediasen, al mismo tiempo que los kioscos se llenaban
de pornografía, jaja,

viva la pornografía en aquel momento!

La cuestión es que el sexo se puso de moda.

Pero cuanto más de moda se ponía, menos se practicaba.

Igual, en un primer momento, sí.
pero enseguida hubo una reacción de inseguridad,
que hizo que las parejas se cerrasen más que antes,
y predominasen los problemas.

Los celos excesivos saltaron a la escena,
especialmente en las mujeres,
que aprovechaban el poder que les daba
su emancipación económica,
no para exigir la libertad sexual
que antes tenían sólo los hombres,
sino para exigir a sus parejas la misma fidelidad
que antes se les exigía a ellas.

Las escenas de celos, muchas veces injustificados,
amargaron la vida de muchas parejas. Por ejemplo,
cuando, ella o él, tenían que hacer un viaje en solitario,
aunque fuera por trabajo, o por razones familiares,
la sospecha de infidelidad se instalaba entre ell@s,
muchas veces ya para siempre.

El honor y el prestigio personal,
tanto en los hombres como en las mujeres,
pasó a situarse en puntos como los siguientes:

- **Primero:** Había que follarse mucho, cuanto más, mejor.
O al menos, decir que se follaba.
Con lo cual, estamos en un país
en el que se hace el amor poquísimo,
pero en las encuestas que se hacen,
todas y todos venimos a decir
que lo hacemos, al menos, una vez o dos por semana.
- **Segundo:**
Se perdona mejor una paliza que unos cuernos.
Si una mujer se entera del menor desliz de su pareja,
no lo piensa ni un momento: hace las maletas y se va,
aunque lleven 20 años juntos y tengan unos cuantos
hijos (se los lleva con ella).

Pienso que más que por amor,
es sobre todo por el orgullo herido
al sentirse comparadas con otra mujer.
También porque se considera
que AMOR es igual a FIDELIDAD,

y ésta es entendida como exclusividad total.
No se permite ni mirar a otra mujer o hombre.
Y cuando los cuernos los pone ella
(o podría parecer que los ha puesto ella),
puede llegar a pasar cualquier cosa.

- **Y, tercero:** Sobre todo,
a nadie (ni a ellas ni a ellos) les gusta para nada
que alguien les de explicaciones
sobre cómo se hace mejor el amor.
**Se da por supuesto que, todos y todas,
sabemos cómo hacerlo muy bien en la cama.**
Y así, no hay quien avance mucho.
Más bien, según cómo, se retrocede.

Por ejemplo, aunque esto quizá va mejorando un poco,
es muy difícil que una mujer pida a otra un consejo
sobre cómo llegar a tener un orgasmo. Sencillamente,
porque casi ninguna mujer acepta reconocer ante otra
que no tiene orgasmos. Sentiría que pierde prestigio,
se sentiría por debajo de la otra...
podría llegar a sentir una humillación insoportable.

Y aquí andamos, sobreviviendo en esta jungla
tan alejada de las auténticas necesidades de l@s human@s,
que se han alejado del paraíso perdido de la sensualidad
que siempre debería acompañar a la sexualidad.

Yo, personalmente, lo que hacía la última temporada,
cuando aún estaba en activo
(ahora ya estoy de vacaciones indefinidas,
pero no sufráis por mí, soy la reina del autoerotismo)
era poner unas cuantas **CÓNDICIONES PREVIAS:**

- **No chuparía ni masturbaría vuestro pene.**
Así me evitaba los agobios de tener que mantenerlos
erectos, lo cual me resultaba trabajoso, humillante y
antierótico. Cada cual se masturba él mismo si quiere
masturbarse.

- **No admitía penetraciones.** Así me evitaba tener
que fingir, además de un montón de sensaciones
desagradables cuando todo va demasiado deprisa, que es
(casi?) siempre. De acuerdo que era un poco radical,
pero también era la única manera de no tener que fingir

para no dejarles superpreocupados, a complejados, inseguros de cara a nuevas experiencias...

- **Mi vida, quiero decir mi tiempo, era innegociable.** Sólo dedicaba a un amante un máximo del 5 al 10% de mi tiempo, es decir, como mucho nos veríamos un día o dos de cada diez o veinte. Podía haber variaciones en cada caso, pero vaya, no se debía acercar ni de lejos al 50%... Y esto es muy **IMPORTANTE** decirlo **ANTES**, porque luego no hay quien les quite de la cabeza que "no lo han hecho lo bastante bien", cuando salimos con que queremos estar solas.

- Y había algunas más...
Otra de ellas era **asegurarles que me daba igual el tamaño que tenía su pene,** y también si lo tienen en erección o no...

Claro, casi siempre, con tanta condición, se asustaban y se iban, pero no siempre, **y entonces la relación valía la pena,** y al mismo tiempo no afectaba de manera importante a mi vida personal.

Y últimamente, exceptuando quizá las primeras veces, solía poner también **la condición de no quitarnos toda la ropa.** Me gustaban las sensaciones que se transmiten a través de una tela, y no me gustaba para nada el exceso de frenesí que se suele dar entre cuerpos desnudos, porque solía pasar que se centraban sólo en nuestros pezones y genitales, casi siempre haciendo más daño que otra cosa.

Desde luego no tenemos ni de lejos una vida sensual tan rica como la de **la poetisa Safo (Grecia, siglo VI aC),** que nos cuenta en sus poemas cómo, desde muy jovencita, jugaba continuamente con amigas y amigos, a pesar de lo cual sólo se decidió a perder el virgo cuando tenía 30 años, y eso porque decidió tener un hijo o hija (fue hija).

Es decir, que aquella gente de la Grecia antigua,
cuando practicaban aquellos juegos eróticos,
¡¡no se penetraban!!
¡¡Sabían jugar a otras cosas...!!

No había la manía que hay ahora,
que por cierto es muy "bíblica"
(La Biblia consigue colarse en nuestras alcobas):
ni una gota de semen fuera de una vagina femenina,
viene a decir el Eclesiastés
(no en la versión que leemos por aquí).
Todo lo demás se considera depravación,
ya que no conduce a la reproducción:
el pueblo judío,
casi siempre en guerra por su tierra,
necesitaba muchos soldados
y muchas mujeres pariendo soldados.

También podemos referirnos a La Línea de Gandhi,
que de vez en cuando, dormía con mujeres,
aunque "sin follárselas",
lo cual les llenaba de energía a L@s dos.

O a la interesante práctica,
muy recientemente desaparecida,
(lástima, porque era superpedagógica)
en algunos países nórdicos,
de pasar algunas noches L@s adolescentes
de distinto sexo junt@s en la cama,
acariciándose pero sin follarse...,
explorando ese paraíso perdido...

¿SOLUCIONES?

Se me ocurre que una solución es
PONERLE NOMBRE

a un nuevo tipo de prácticas erótico-sexuales, o sensuales,
para liberarlas de los problemas que plantea
el actual protagonismo del pene y de la penetración.
Las cosas, o los conceptos, es como si no existieran
hasta que no tienen un nombre con que referirse a ellos.
El nombre que se me ocurre es **SEXO DESPENELIZADO**.
Es un nombre que sigue refiriéndose al pene,
pero eso resulta hasta positivo en estos momentos,
en que el pene es tan prioritario.

"Quieres tener sexo conmigo?"

"Vale, pero DESPENELIZADO"

En una sola palabra queremos decir que no nos importa para nada que él trempe o que deje de trempar, con tal de que si lo hace

se lo gestione él mismo como quiera, que a él tampoco le tiene que importar, que queremos jugar a otras cosas, que por supuesto tampoco nos importa el tamaño que tenga su pene.

Que no aceptamos la monarquía del pene, resumiendo. Y de paso habría que incluir en el concepto, aunque la literalidad de la palabra ya no dé para más, que tampoco aceptamos que se centren desde el principio en nuestros pezones y genitales.

Enfin, hay tantas cosas que se podrían comentar que seguiríamos llenando páginas y más páginas.

Aquí lo dejo por hoy, deseándoos a tod@s mucha Felicidad, y cómo no, mucha sensualidad, y también algo de sexo, si es posible con al menos un poquito de despenelización.

¡¡Un abrazo a tod@s!!

Tarragona, otoño 2005 - verano 2018

